

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

¡Tierra, trágame!

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Abismos

De un tiempo a esta parte tengo la incómoda sensación de sentirme rodeado. Ya sé que, como declaraba hace poco Jeremy Corbyn en la CNN chilena, “la democracia produce a menudo resultados que no gustan a todo el mundo”, pero eso no es un consuelo. La derecha ultraconservadora, la extrema derecha y los posfascismos —que pueden llegar a ser la misma cosa, no sería la primera vez— avanzan en votos en buena parte del mundo. Lo de Trump —que ha logrado un clima de crispación y enfrentamiento civil como no se recordaba en

ción, desde Plataforma per Catalunya hasta Vox, pasando por las distintas falanges (la “auténtica”, la “de las JONS”) y por los partidos o microgrupos racistas que levantan cabeza e incluso logran alguna concejalía. Todos, como ya hicieron sus antecesores, se sirven de la democracia para desnaturalizarla o, peor, destruirla, forzando también a la derecha democrática a girar a su diestra.

Lo único que se puede hacer, como

decía el casi angélico Corbyn, es que los buenos hagan campaña para lograr una “sociedad decente e inclusiva”, siempre y cuando se pongan de acuerdo antes que los malos. Y si no es así, más vale que exclamemos el tradicional ¡tierra, trágame! Lo que me lleva a citarles un estupendo libro que trata precisamente de ese *descensus ad inferos* del que se ha ocupado a menudo la literatura desde Homero en adelante, y que logró en Dante su más excelso ejemplo (sin olvidar otros abismos y cuevas cervantinas, como la de Corsicurvo o la

EE UU desde los años setenta— es lo más grave, porque marca tendencia y porque sabemos que los grandes negocios del mundo tienen mucho que decir en las políticas presidenciales, incluida la exterior. Pero si vamos mirando: la extrema derecha y el racismo crecen “sin complejos” —una expresión que les encanta a sus partidarios— a un ritmo que no se veía desde el “oscuro valle” de los años treinta, como llamó el historiador Piers Brendon a la ominosa década en que se consolidaron todos los totalitarismos. Ahí tenemos a Brasil, Suecia, Austria, Hungría, Alemania, Francia, Italia —el primer país en que se consolida esa alianza contra natura (pero no tanto, si lo pensamos bien) entre populismos de signo opuesto— y también España, donde hasta hace poco nos tranquilizábamos pensando que la exigua extrema derecha que quedaba después del golpe de 1981 estaba en el PP, un partido demócrata “de toda la vida”. Pero ahora asistimos a su prolifera-

de Montesinos). El libro en cuestión es *Viajes al centro de la Tierra* (Fórcola), de Eduardo Martínez de Pisón (EMP), ese erudito geógrafo que ya nos instruyó deleitándonos (como esperaban los antiguos de los buenos libros) con *La montaña y el arte* (Fórcola, 2017). Ahora, y tras recoger las distintas geografías (“reales” e imaginarias) del infierno, EMP nos conduce al interior del planeta y a sus simas e inframundos (también, morales, por supuesto, como corresponde a todo viaje al abismo) de la mano de todos los que nos dejaron su fantástico periplo en obras memorables: Homero, Virgilio, Dante, George Sand o Verne, cuyo *Viaje al centro de la Tierra* (1864), protagonizado por los inolvidables profesor Lidenbrock, su sobrino Axel y el guía Hans, constituyó “la más extravagante expedición del siglo XIX”. Así que, si la superficie se pone imposible de facherío, el tierra, trágame nos señala el camino del subsuelo.